

7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL
y CHARLES W. BAILEY II



RESUMEN DE LO PUBLICADO

El Coronel Casey descubre una serie de datos sospechosos que le inducen a pensar que se está tramando un complot para derrocar al Presidente de los Estados Unidos, Jordan Lyman. Previene a éste y le comunica que cree que se trata de un grupo encabezado por el General Scott, y que se lanzará a la acción el sábado inmediato, aprovechando la «Alerta Roja General». El Presidente se rodea de un reducido grupo de colaboradores, de toda confianza a los que encarga de comprobar las sospechas existentes. Casey, Girard y Clark, parten a cumplir sus respectivas misiones, a Nueva York, Gibraltar y El Paso. Efectivamente, las sospechas se confirman. El avión en el que Girard regresa a Washington se estrella en la Sierra de Guadarrama, no quedando ningún superviviente. Al mismo tiempo se produce, por parte de los rusos, una ruptura del tratado presunto. Whitney, Cónsul general de los Estados Unidos en Madrid, recoge, entre los restos calcinados del avión, la pitillera en que Girard había guardado su precioso informe. Lyman convoca una reunión, decidido a empezar a actuar, pero sin saber demasiado bien cómo. Clark, entre tanto, ha sido hecho prisionero por el Coronel Broderick, que le retiene en la base, pero es liberado, después de una tenaz discusión, por Henderson, que le hace salir de la base y le aconseja se dirija rápidamente a Washington.

EL ULTIMO ASALTO

VIERNES

POR LA MAÑANA

Al salir del aeropuerto, Clark y Henderson entraron en Washington.

Clark paró su coche delante de una casa pintada de blanco:

—Estamos en mi casa —dijo el Senador.

Libros, periódicos y revistas llenaban el diván y el suelo del pequeño cuarto de estar. Un jersey estaba suspendido de un ángulo de la chimenea; círculos grises marcaban las mesas donde demasiados vasos de whisky habían sido puestos.

—La asistenta viene una vez a la semana —explicó Clark en tono de excusa—. Siéntese.

Encontró el número personal de Casey en la guía y marcó. La fatiga y la inquietud empalidecían la cara, habitualmente subida de color, de Mutt Henderson.

—Jiggs —dijo el Senador—, aquí Ray Clark. Sí, ya lo sé. Tengo la suerte de no estar todavía en medio del desierto. Escuche. Tengo conmigo a uno de sus amigos. ¿Quiere usted sacarle de dudas? Se llama Mutt Henderson.

Henderson tomó el aparato y su semblante se distendió lentamente.

—Jiggs me ha aconsejado quitarme el cinturón y tener una buena crisis de llanto —dijo Henderson—. No ha podido decirme mucho a causa de Marge, que escuchaba, pero ha prometido vernos lo antes posible. Mientras esperamos debo obedecer todas sus órdenes.

—Por el momento le ordeno dormir —dijo Clark.

Empujó a Henderson delante de él, en la escalera, y le hizo entrar en una alcoba.

Cuando Clark cerró la puerta, Henderson desató sus zapatos.

En su despacho, Lyman se inclinaba sobre la bandeja de su almuerzo, pero se levantó

cuando Clark llamó y entró. El Presidente atravesó la habitación de tres zancadas y cogió la mano de su amigo, apretándola muy fuerte, como para asegurarse que delante de sus ojos no tenía un fantasma, sino un hombre de carne y hueso.

un vidrio de ventana, roto

El aspecto de Lyman sorprendió a Clark. El hombre de cincuenta y dos años que había dejado el martes por la noche era ahora un anciano.

—Ray —dijo Lyman, a media voz— probablemente no lo sabe: Paul Girard ha muerto. Su avión ha sufrido un accidente durante el trayecto de vuelta.

El Presidente se quitó los lentes y los miró como si buscara en los cristales una minúscula hendidura. Las espaldas encorvadas eran un símbolo de resignación, casi de derrota, mientras contaba los acontecimientos a Clark:

—Puedo triunfar sobre Feemerov, pero al complot no le veo la solución —concluyó.

—Puede usted apostar a que Scott y los otros hijos de perra están conferenciando o se reunirán pronto. Saben que estamos al corriente. Me pregunto si pueden emplear todo su impulso inmediatamente; esto es lo que me inquieta.

Christopher Todd, vestido, como siempre, como si fuera a un consejo de administración, entró con su cartera en la mano. Sonrió a Lyman y dirigió un gesto de cabeza reservado a Clark.

—¡Ah!, el hijo pródigo ha vuelto —dijo. Clark contó rápidamente su historia, mientras que el Presidente se servía una taza de café caliente y bebía a pequeños sorbos.

—¡Bueno!, señor —dijo Todd cuando Clark terminó—. Debíamos hacer venir al Coronel Henderson. Nos explicará lo que pasa en esa dichosa base.

—Sí —aprobó Lyman.

Clark hizo el trayecto a toda marcha, sal-

tándose dos luces rojas en el camino. Subió corriendo la estrecha escalera.

Nadie en la habitación de los invitados. Las sábanas, arrugadas, estaban en un montón sobre la cama. Una manta arrastraba por el suelo. Clark echó una mirada a la percha. Los ganchos estaban vacíos, los trajes de Henderson habían desaparecido.

Clark recorrió precipitadamente la alcoba de delante y las habitaciones de abajo, pero no encontró nada. En la puerta de servicio notó trozos de cristal esparcidos por las losas de la cocina. La ventana había sido rota desde el exterior, por encima de la cerradura.

* * *

El General Barney Rutkowski hervía de rabia.

Descolgó el teléfono que le unía directamente con la centralita de la Casa Blanca. Desde hacía dos años que estaba en el NORAD (Centro de Operaciones de Combate de la Defensa Aérea de América del Norte), era la primera vez que hacía este gesto. La respuesta fue inmediata:

—Aquí, la Casa Blanca.

—Querría hablar con el Presidente —dijo Rutkowski.

La fórmula estaba asegurada. Para señalar peligro de guerra hubiera empleado un nom-

bre convenido. Unos segundos después el Presidente estaba a la otra punta del hilo.

—¿Qué pasa, Barney?

—Se trata de una reclamación personal, señor, pero es importante, si no no le hubiera molestado. Ha cometido un grave error militar ordenando ese ejercicio de transporte de tropas sin advertírmelo. Y ha cometido otro instalando, sin yo saberlo, una base con campo de aterrizaje en el desierto.

Hubo un silencio.

—¿Puede explicarse más claramente, Barney?

—Con mucho gusto. Para que el NORAD pueda realizar su trabajo hace falta que estemos informados cada vez que un avión americano o un cohete se eleve por los aires. Si usted me oculta una sola operación, toda nuestra eficacia está comprometida.

—Barney, antes de ir más lejos, ¿puede usted decirme quién le ha dado estos informes?

—Cada uno de nuestros oficiales de servicio tiene la orden de abrir los ojos y de interpretar todo lo que ve. Uno de mis inspectores ha notado el primer vuelo durante la noche del miércoles. Los aviones se dirigían hacia El Paso, después han virado al noroeste y han desaparecido de nuestras pantallas de radar. Ha tratado por todos los medios de

descubrir lo que pasaba y, al no lograrlo, me ha informado al mediodía.

—¿El primer vuelo? —repitió el Presidente—. ¿Cree que ha habido otros?

—Sí, como probablemente usted lo sabe. Treinta transportes eran esperados en esa maldita base secreta mañana, a las siete de la mañana. Pero he sabido que se ha dado una contraorden y que llegarán esta noche, a las veintitrés horas.

—¿Esta noche, a las veintitrés horas?

—Sí, señor.

—No corte, Barney.

venga de paisano

Se hizo el silencio; después, la voz del Presidente se oyó de nuevo:

—Barney, ¿puede venir en seguida?

—¿No puede decirme de qué se trata por teléfono, señor?

—No; tengo que verle.

—Podría estar en Washington dentro de tres horas. ¿Vale?

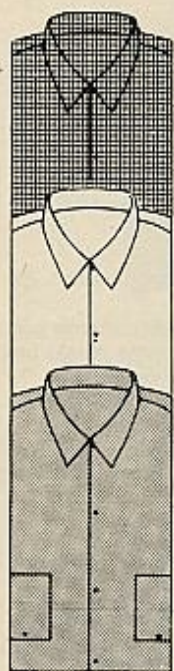
—La velocidad tiene menos importancia que la seguridad. ¿Puede pilotar usted mismo un avión? ¿Venir solo?

—Naturalmente —respondió Rutkowski, riendo.

—Que nadie sepa que viene aquí. Preferiría que viniese de paisano. **SIGUE**

Clark recorrió precipitadamente las habitaciones de abajo, y no encontró nada. La ventana había sido rota desde el exterior, por encima de la cerradura, sin más rastros.





TRIO *tervilo-r*®

Estas son
las tres camisas
de *tervilo-r*

que precisa
todo hombre elegante:

- *UNA BLANCA
- *UNA AZUL PALIDO
- *UNA A CUADRITOS

la gran moda inglesa.

ES FACIL

SER ELEGANTE

con el

TRIO *tervilo-r*



gaude

El General Rutkowski cogió su abrigo del respaldo de la silla y, distraídamente, se puso una manga. «Que Dios me condene», gruñó. Jordan Lyman colgó el teléfono. Durante un momento guardó silencio, los ojos perdidos en el vacío. Ray Clark no había visto jamás a su viejo amigo tan fatigado, tan triste, tan lejos. Christopher Todd, con un fulgor de triunfo en los ojos, estudiaba atentamente al Presidente. Casey, por el contrario, volvía la cabeza.

Una breve investigación le había permitido confirmar lo que suponía: Mutt Henderson, raptado del domicilio del Senador Clark, había sido arrestado por sus jefes en una fortaleza, acusado de desertión.

Lyman se levantó para ir a la ventana. Una cortina pareció caer entre él y los otros ocupantes de la habitación.

«¿Por qué me ha caído esta mala suerte?, pensó. La decisión fue más fácil para Lincoln... Sus adversarios hicieron fuego los primeros. Todo parece muy sencillo a mis amigos, pero fracasaremos. Scott descubrirá que los rusos fabrican de nuevo conos de carga y me acusará de no haber protegido a los Estados Unidos. ¿Qué responderé? Si me enzarzo en una lucha oral con él, tal vez nos obliguen a declarar la guerra a Rusia. Si no respondo, el Parlamento votará mi destitución. Nadie levantará la voz en mi favor. Y entonces, ¿quién será el vencedor, señor Todd?»

Un golpe dado a la puerta le sobresaltó a todos. Esther Townsend entró:

—Perdóneme, señor —dijo con voz temblorosa—. Abajo hay un hombre que quiere verle absolutamente. Se llama Henry Whitney. Es nuestro Cónsul general en España.

EL ULTIMO ASALTO

viernes, 4 tarde

Hacia veinte años que Henry Whitney se ejercitaba para no dejar traslucir ni embarazo ni emoción, cualesquiera que fuesen las personas ante las que se encontrara. Pero ahora estaba en los apartamentos privados del Presidente de los Estados Unidos y se introducía en ellos sin haber sido llamado.

Jordan Lyman avanzó con la mano tendida: —Bienvenido.

El Cónsul general dio unos pasos torpemente, intimidado por su camisa sucia y su traje arrugado.

—¿Se trata de Paul... de Girard? —preguntó Lyman con voz temblorosa.

—Sí, señor Presidente. No sé cómo empezar. Le traigo algo que voy a entregarle inmediatamente.

Whitney depositó su cartera sobre una silla, la abrió y sacó una pitillera de plata, completamente deformada.

Lyman casi arrancó la pitillera de la mano de Whitney. Al intentar abrirla, se rompió una uña. Whitney acudió en su ayuda con un coraplumas y forzó el resorte.

Lyman vio dos hojas de papel dobladas; salvo los bordes, chamuscados, estaban intactas. Las desdobló, leyó las primeras frases, pasó a la segunda página y miró las firmas.

—¿Ha leído este documento? —preguntó a Whitney.

—Sí, señor Presidente.

Lyman miró al Cónsul:

—¿Lo ha comprendido?

—No del todo, señor Presidente.

—¿Le ha hablado de él a alguien? ¿Al Embajador, por ejemplo?

—No, señor Presidente. Quizá habría debi-

do hacerlo, pero no lo he hecho. Miré a ver si alguno de los objetos encontrados entre los restos del avión tenía el nombre de su propietario. La pitillera no tenía ninguna señal exterior, pero al abrirla... ¡En fin! Lo leí y decidí traérselo sin perder un minuto. Fui a toda prisa a Madrid y subí al primer avión que partía para los Estados Unidos. Ni siquiera me dio tiempo a cambiarme de camisa.

Lyman, con un gesto, dio a entender que aquel detalle no tenía ninguna importancia para él.

—No necesito decirle que este papel es el más importante de todos los que me han transmitido este año mis Embajadas en el extranjero. Ha obrado usted con inteligencia. Supongo que se da cuenta de que no debe decir jamás una palabra de lo que sabe; insisto en que jamás.

—Se lo prometo, señor.

—¡Bueno! —dijo Lyman con una sonrisa—. Señor Whitney, creo que le espera a usted un buen porvenir.

—Gracias, señor.

Lyman buscó en los rasgos del diplomático el reflejo de las impresiones de aquella extraña entrevista, pero no lo descubrió. Impasible, el Cónsul general aguardaba más instrucciones.

—Ahora vaya a dormir y olvídense de toda esta historia.

Lyman acompañó a Whitney hasta el ascensor, esperó a que el Cónsul general hubiera desaparecido y se apresuró a regresar a su despacho.

—¡Descorche una botella de scotch! —gritó con voz de triunfo—. ¡Invito a una ronda!

viernes, 8 tarde

A las ocho menos un minuto, el General James Mattoon Scott salió del ascensor. Su uniforme habana del Ejército del Aire no tenía ni un pliegue de más. Cuatro estrellas de plata brillaban sobre cada hombro; su pecho lo cubrían seis filas de condecoraciones.

Corwin abrió la puerta del despacho.

Scott entró con paso decidido, la sonrisa en los labios, seguro de sí. Llevaba consigo una carpeta con mapas; empezó a soltar sus correllas.

—No se moleste, General —dijo Lyman—. Mañana no habrá alerta.

Scott se irguió y alzó la cabeza hacia Lyman. Su rostro carecía de expresión. Sostuvo la mirada del Presidente, y éste comprendió que la lucha sería larga y penosa.

—¿Quiere usted anular la alerta? ¿Me permite preguntarle por qué?

—Han llegado a mi conocimiento ciertos hechos en estos últimos días, general —dijo Lyman, manteniendo la mirada fija en la de Scott—. No voy a perder el tiempo enumerándoselos. Me limitaré a pedir su dimisión y la de los Generales Hardesty, Riley y Dieffenbach.

una autorización verbal

Las arrugas del rostro de Scott se hicieron más profundas. Seguía contemplando al Presidente, y el silencio fue como una presencia tangible en la estancia. Una ventana abierta dejaba entrar el aire tibio de mayo y, de cuando en cuando, el rumor de un coche.

—O está bromeando o ha perdido el juicio, señor —dijo, al fin, en voz baja—. Que yo sepa no hay ninguna razón para que yo pida el retiro voluntariamente.

Lyman bajó la mirada:

**7 DIAS
DE MAYO**

—Confiaba en que evitaríamos esta explicación, General. Me parece inútil repetir lo que usted sabe ya.

—Esas palabras me dejan absolutamente sorprendido.

Lyman suspiró:

—He sabido que usted, sin mi autorización, ha empleado importantes cantidades de los fondos de urgencia del Estado Mayor Interarmas para instalar una base y entrenar un regimiento especial. Lo ha mantenido en secreto ante mí, ante los funcionarios del Servicio de Presupuestos y ante los miembros del Congreso. Ha violado voluntariamente los reglamentos.

—¿A qué base se refiere, señor?

—Me parece que se llama Econcom. Supongo que significa «Control de las Comunicaciones de Emergencia».

Scott sonrió, apoyándose contra el respaldo del diván:

—Señor Presidente, me temo que su memoria le falla —dijo, en un tono apaciguador—. Usted me dio autorización verbal para la base y para el regimiento. Imaginé que informaría usted mismo a los directores del Servicio de Presupuestos.

Lyman tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular su cólera:

—¿En qué fecha tuvo lugar esa entrevista, General?

—Fue en el otoño pasado. A finales de noviembre, creo.

—¿Anotó la fecha y el tema de la conversación?

—Desde luego. El papel está en mi despacho. Si insiste en verlo, puedo enviar a buscarlo al Pentágono.

—No será necesario.

—Por lo demás, no tiene importancia —replicó Scott con tono despreocupado—. Mi ayudante de campo asistió a la entrevista y puede servir de testigo.

«Ya veo, pensó Lyman, que ha tomado usted de antemano todas las precauciones». Sin duda, nada de lo que pudiera decir aquella noche cogería a Scott de improviso.

—Por lo que respecta al Congreso —continuó Scott—, consideramos más prudente no suscitar la cuestión ante el comité. Se imponía el silencio para proteger nuestro sistema de comunicaciones contra el sabotaje soviético.

"hábleme de sus apuestas"

—Sin embargo, se lo dijo al Senador Prentice —replicó Lyman—. En realidad, parece que usted le ha puesto al corriente de muchas cosas esta semana en diversos lugares.

—El Senador Prentice no sabe nada del «Econcom» —afirmó el General.

—Prentice le ha dicho al Senador Clark que el Comité de las Fuerzas Armadas estaba al corriente.

Scott se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que aprendí a no prestar ninguna atención a las habladurías

**7 DIAS
DE MAYO**

¿Cómo podía explicarse la misteriosa desaparición de Henderson, alojado en casa del Senador Clark, después de su accidentada fuga?

La recuperación de la pitillera conteniendo el informe del Almirante Barnswell daba al Presidente de los Estados Unidos la posibilidad de poner las cartas boca arriba.

A Lyman le repugnaba el chantaje y se negaba a utilizarlo. Pero era preciso utilizar todas las armas, ahora que existía esa posibilidad, para destruir por completo la combinación de Scott y los Generales con él confabulados.

La dimisión de los rebeldes exigía en contrapartida que ciertos documentos fueran destruidos. El propio Presidente de los Estados Unidos se encargó de hacerlo así en la chimenea de sus habitaciones particulares.

de los miembros del Congreso. ¿Me permite coger uno de los excelentes puros de esta caja?

A Lyman no le hacía gracia que el General se envolviera en una nube de humo.

—Lo lamento —dijo—, pero Esther ha olvidado llenarla hoy.

—¡Qué lástima! —dijo Scott, desabrochándose su guerrera para hundir la mano en un bolsillo interior—. ¿No tiene inconveniente en que encienda uno de los míos?

—En absoluto —respondió Lyman, quien tuvo la impresión de que sufría una derrota.

Scott encendió el puro y miró pensativamente las primeras volutas de humo que ascendían hacia el techo:

—¿Tiene usted más reproches que hacerme, señor Presidente?

«Adversario peligroso», pensó Lyman.

—Sí —dijo—. Me gustaría que me hablara de sus apuestas.

—Señor, supongo que no tendrá la intención de ponerme en la picota porque apuesto en las carreras de caballos.

—Exijo una explicación, General.

—No tengo nada que explicar —replicó Scott—. Sé que la radio no debe ser utilizada para comunicaciones personales. Pero el jefe del Estado Mayor Interarmas tiene derecho a ciertos pequeños favores.

—Usted trasladó a un joven oficial de Marina que había hablado de ese mensaje.

—Los oficiales del Servicio Cifrado deben ser más discretos —replicó secamente Scott—. El Coronel Casey faltó a esta norma.

—¿Cómo sabe que he hablado con el Coronel Casey?

—No he dicho eso. Digo, sencillamente, que el Coronel Casey había demostrado ser demasiado charlatán. ¿Luego se ha dirigido a usted?

—Si me lo permite, General, soy yo quien hago las preguntas. ¿Por qué el Almirante Barnswell se negó a unirse a la apuesta?

—No tengo la menor idea, señor. Hay hombres a los que no les gusta el juego. A mí me encanta. Es uno de mis numerosos defectos. Pero, ¿a qué viene este interrogatorio? ¿No estará insinuando que tengo que presentar mi dimisión porque he enviado un mensaje personal?

como a un ladrón

—No, General. Examinemos otro punto. ¿Quiere usted explicarme por qué, de acuerdo con los jefes del Estado Mayor Interarmas, ha elegido para la alerta un día en que el Congreso está de vacaciones y sus miembros dispersos por todas partes?

—Para que los oficiales superiores sean cogidos de improviso, como ocurriría en la realidad —se apresuró a contestar Scott—. Usted mismo aprobó la fecha de estas maniobras.

—¿Asistía el Almirante Palmer a la reunión en que se tomó esta decisión?

—No —dijo Scott, que vaciló por primera vez—. No.

—¿No se ha repetido este hecho en reuniones más recientes?

—Ah, sí. Se me había olvidado.

—¿No es algo excepcional?

—Simplemente desacostumbrado. El Almirante Palmer, al parecer, tenía que resolver unas dificultades a propósito de los cruceros que transportan los cohetes.

—No es eso lo que él dice, General. A él no le avisaron de ciertas reuniones del Estado Mayor Interarmas. Lo cual es completamente irregular.

—Ya veo que el Almirante Palmer, lo mis-



El General Scott encendió un puro y miró pensativamente

mo que el Coronel Casey, se ha venido a quejar ante usted. Decididamente, desde los jóvenes subjefes hasta los Almirantes, abundan las lenguas demasiado largas.

—El martes por la noche le hizo usted una visita al General Garlock.

—Supongo que me han estado siguiendo durante toda la semana —observó Scott.

—Responda, General.

—Antes quisiera saber por qué el Presidente de los Estados Unidos considera necesario hacer que sigan al jefe del Estado Mayor Interarmas como a un vulgar ladrón.

—¿Contesta a mi pregunta?

—No antes de que usted conteste a la mía.

Scott se levantó y dominó a Lyman, que permaneció sentado. Le amenazó con el puro, que sostenía entre el pulgar y el índice:

—No permaneceré aquí ni un minuto más —dijo—. No presentaré mi dimisión, ni responderé a ninguna pregunta. Pero le voy a decir claramente lo que pienso, señor.

Lyman se sentía inferior y débil ante aquel oficial imponente que apuntaba contra él su puro como si fuera un arma. Se levantó y avanzó un paso. Los dos hombres, frente a frente, apenas separados por cincuenta centímetros, estaban ahora físicamente iguales. Scott continuó:

—Los informes que la C. I. A. ha reunido ayer por la mañana y que nos ha pasado, justifican todos los temores de los jefes del Estado Mayor Interarmas —dijo—. Le hemos repetido muchas veces que los rusos no se



nie las primeras volutas de humo que ascendían hacia el techo. «¿Tiene usted más reproches que hacerme, señor Presidente?» —preguntó todavía seguro de sí mismo.

adherirían al espíritu del Tratado. Es una negligencia criminal no recurrir a una acción inmediata. Si usted persiste en esta vía, mi deber de patriota y de americano me obligará a revelar los hechos a la nación.

—¿Se niega a presentar su dimisión, exponiéndose a ser destituido? —exclamó Lyman.

a un paso del desastre

Scott no replicó.

—Yo ya he actuado —siguió el Presidente con tono de desafío—. Y si usted dirigiera la política exterior de nuestro país, habría tomado las mismas decisiones que yo.

—Escúcheme, señor —dijo Scott con voz suave, pero que martilló el tímpano de Lyman—. Usted ha perdido el respeto de su país. Su política nos ha llevado a un paso del desastre. El gran comercio no tiene ya confianza en usted. Los obreros se declaran en huelga para manifestar su menosprecio. Nunca ha sido tan baja la moral del Ejército en los últimos treinta años. Su Tratado es la obra de un niño ingenuo. Si la autoridad y la disciplina no son restablecidas, de aquí a un mes nuestro país puede estar perdido.

—¿Y es usted quien se atribuye esa tarea, General? —dijo Lyman con un tono que transformaba la pregunta en afirmación.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó Scott con cólera.

Las pequeñas arrugas que rodeaban los

ojos de Scott formaban ahora un dibujo diferente. Los demás músculos del rostro no se habían movido y, sin embargo, era perceptible un cambio en él.

El Presidente se dejó caer en su sillón con los nervios aflojados. «Este hombre no ha ganado todavía la partida y se da cuenta», pensó.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

—General —dijo con una voz neutra, sacando de su bolsillo la pitillera—, quiero leerle una cosa.

—No permaneceré ni un minuto más aquí —declaró Scott.

—Si —afirmó el Presidente—. Me va usted a escuchar. Se quedará aquí hasta que yo le dé permiso para marcharse.

Lyman abrió la pitillera y sacó las dos hojitas de papel chamuscadas. Las depositó sobre la mesa, las extendió cuidadosamente y se ajustó las gafas.

—Este documento ha sido encontrado entre los restos del avión en que Paul Girard había reservado plaza en Gibraltar para regresar a los Estados Unidos —dijo el Presidente.

en la chimenea

Scott no se habría marchado aunque se lo hubieran ordenado. La curiosidad le fijaba en el diván. Lyman comenzó a leer.

«Memorándum para el Presidente.

»Gibraltar, 5 de mayo.

»Los que suscriben, que han puesto sus iniciales en cada una de las páginas, declaran que este documento es el resumen de una conversación que ha tenido lugar en el camarote del Almirante Barnswell, a bordo del «Eisenhower», en el día de hoy.»

El General bajó los párpados.

El Presidente prosiguió su lectura abrumadora.

—Podría enumerar muchos otros actos sospechosos —dijo, al fin—. Pero no creo que sea necesario. Exijo que me entregue su dimisión antes de una hora, y con la suya la de los otros tres generales del Estado Mayor Conjunto.

El General contempló un momento los papeles chamuscados que tenía Lyman, y luego puso una débil sonrisa.

—Si le presento mi dimisión, ¿romperá ese papel?

Lyman reflexionó durante unos instantes. El silencio de la estancia sólo lo turbaba la respiración de los dos hombres y el ruido intermitente de la circulación.

—Acepto, General —dijo, al fin, Lyman—. Quemaré el documento en esta chimenea, en presencia suya, si quiere, en cuanto tenga en mis manos las cuatro dimisiones.

Scott se levantó. Contempló al Presidente desde arriba, y Lyman se preguntó si el General iba a confesarse

SIGUE

vencido o a salir del despacho a grandes pasos. Los dos hombres se midieron con la mirada.

—¿Puedo utilizar su mesa? —preguntó Scott, a media voz.

—Desde luego.

Alzó sus hombros y se dirigió hacia el pequeño escritorio de nogal. Lyman abrió un cajón. El General cogió una hoja de papel y, bajo el escudo dorado del Presidente, escribió:

«17 de mayo.

«Presento mi dimisión como presidente de los jefes de Estado Mayor Interarmas de los Estados Unidos. Tendrá efecto en cuanto sea aceptada.

«James M. Scott, General de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos».

Lyman cogió el papel y escribió al pie: «Dimisión aceptada, 17 de mayo, 21 horas 39 minutos».

«Jordan Lyman».

—General —dijo—, no tengo intención de revelar a los Estados Unidos la verdadera causa de su dimisión.

—¿Qué pretexto dará usted?

—Su desacuerdo respecto al tratado.

—¿Y si yo lo desmiento?

—Es usted libre de decir lo que le plazca. La Constitución sigue en vigor y garantiza la libertad de palabra. Pero si usted cuenta por qué ha dimitido, yo lo negaré...

Scott se irguió en toda su estatura.

—No he cometido ningún acto delictivo, ilegal o sedicioso, según me acusa usted. Mi dimisión me la ha arrancado un hombre que ha perdido la justa noción de las cosas.

—Como quiera, General —replicó Lyman—. Pero tiene usted que darme su palabra de que no dirá nada antes de mi discurso. Si no, me verá obligado a retenerle en esta casa hasta mañana por la noche.

—Se la doy —contestó Scott.

Lyman fue hasta el teléfono:

—Esther —dijo—. El General Scott va a utilizar este aparato para citar a varios compañeros suyos. Dele las comunicaciones que le pida.

Cuando todo hubo terminado, Corwin hizo una seña a sus compañeros:

—El General Scott se marcha —dijo.

Clark y Todd salieron juntos y alcanzaron a Scott.

—¿Puedo decirle unas palabras, General? —preguntó Clark.

—Lo siento, pero ya he celebrado suficientes conferencias para una noche. Si me lo permite, vuelvo al coche y me marcho.

Todd, a quien Scott sacaba la cabeza, le cerró el paso.

—Esperará hasta que hayamos terminado, General —dijo sacando un sobre del bolsillo—. Esta es la declaración de renta de la señorita Millicent Segnier, de Nueva York.

Scott se inmobilizó. En la oscuridad, su rostro era invisible.

—No estoy seguro de si lo sabe —continuó Todd—. Pero la señorita Segnier ha descontado tres mil setenta y nueve dólares de su renta por las recepciones dadas el año pasado en su honor.

—Muy interesante; pero no veo a dónde quiere llegar —dijo friamente Scott.

una jugada sucia

—Tenemos otras pruebas, y muy numerosas, de sus largas relaciones con la señorita Segnier. El Presidente es demasiado delicado para haberle hecho ninguna alusión.

—Ahora que ya se ha ganado usted su gratificación, supongo que podré despedirme —dijo el General.

Clark acudió en ayuda de su compañero:

—No ha comprendido bien lo que ocurre, General. Si usted se presenta como mártir, su romance aparecerá en la primera página de todos los periódicos.

—La señora Scott le quedará muy reconocida —dijo amargamente el General.

—Aquí es inútil el recurso a las lágrimas de las esposas, de las viudas o incluso de los huérfanos. Hablemos claramente, General. Durante dos años no se presentará usted a la presidencia enfrentándose con Jordan Lyman, a pesar del tratado y de los sondeos. Borre este proyecto de su programa. Si lo intenta, el Ministro de Finanzas y yo uniremos su nombre ante el país al de la señorita Millicent Segnier.

Scott apartó a los dos hombres y se dirigió hacia su coche. Al llegar ante su limosina, se volvió:

—Pueden presumir de haber hecho la jugada más sucia y repugnante del año —dijo.

—Para realizarla no hemos necesitado tres mil quinientos matones y una base en el desierto que ha costado veinte millones de dólares —replicó Clark.

Scott cerró la portezuela de golpe y la gran limosina arrancó.

En el despacho, Lyman, de pie ante la chimenea de mármol, contemplaba un montón de cenizas del tamaño de la bola de papel que acababa de consumirse en el fuego.

Copyright 1963 by Harper & Row Publisher Inc.

La traducción castellana de la obra original de Fletcher Knobel y Charles W. Bailey II, aparecerá en España a principios de noviembre próximo, en la colección Ancora y Delfín, de Ediciones Destino.

Los dibujos de Adolfo Estrada se han inspirado en el film Paramount interpretado por Frederic March, Burt Lancaster y Kirk Douglas, cuyo estreno mundial tendrá lugar en los Estados Unidos el próximo diciembre.

EN EL PROXIMO NUMERO:

SABADO

EL DISCURSO DEL PRESIDENTE

Scott quedó inmóvil, dispuesto a luchar todavía. En la oscuridad, su rostro era invisible totalmente.

